

[Click Here](#)























El grueso de las tropas entró el 19 de julio por la Burunda y Lecumberrri tras la orden dada por Fernando II. Junto a ellas cabalgaban el conde de Lerín, Luis de Beaumont III (hijo del fallecido Luis de Beaumont II en el exilio años antes), y su cuñado el duque de Nájera al frente de 700 coraceros reales. La vanguardia compuesta por 6.000 hombres mandada por algunos nobles de Pamplona. Atravesaron la Barranca sin grandes dificultades, saliendo al desalzo al amanecer. Los puertos de escarpadas rocas, que se desalojaron el 22 permitieron a los navarros entrar en Heite-Aragui, al día siguiente se instalaron en Arzuru a las puertas de Pamplona, en el campo de Arzauru, hermastro de Lerín y el 24 en la Tamera. 1100 navarros, entre otros importantes nobles(110) ofrecieron su colaboración. Juan III de Albrét trataba de reagrupar a las tropas, que fueron desfilando y tantas veces con rumbo a los castillos de Beaun. Con el rey roaron Juan de Jaso y Pedro Navarra, entre otros importantes nobles(111) La ciudad de Pamplona, que en aquella época se convirtió posteriormente, pues los mismos efectivos formaban la muralla- apenas contaba con artillería y en ella vivían entre 6.000 y 10.000 almas. El ejército castellano, compuesto por 15.000 hombres pertrechados con veinte piezas de artillería de grueso calibre, acampó en la Tacонера el 24 de julio. El 25 de julio la ciudad firmó la rendición.[112] Rendida la capital, el duque de Alba envió procuradores a Lumbier, Sangüesa, San Juan de Pie de Puerto, Maya, Estella, Tafalla, Tudela, Roncal y Aézcoa, instándoles a la rendición. La mayoría fueron entregándose, no así los estelles, tudelanos, los de Maya y los de San Juan de Pie de Puerto.[113] El 29 de julio delegados ocupantes plantearon un acuerdo de capitulación, en el que dejaba a Fernando II todas las iniciativas en Navarra y, entre otras obligaciones, el heredero Enrique de Labrit debería ser entregado para su educación. Este documento fue ratificado por Fernando el Católico el 4 de agosto, mientras que los reyes navarros nunca lo hicieron por considerarlo inaceptable.[113] Tras la rendición de Pamplona, Tudela reunió los esfuerzos de los atacantes. Por un lado, el propio Fernando el Católico fue a Logroño el 12 de agosto para dirigir de cerca las operaciones contra Tudela y Estella. La capital ribera fue cercada, con el refuerzo además de las tropas al mando del arzobispo de Zaragoza e hijo de Fernando II, Alonso de Aragón. La ciudad capituló el 9 de septiembre y el 4 de octubre Fernando el Católico entró en ella para jurar su fueros y privilegios.[114] La rendición de las plazas fue paulatina, en las que se fueron ocupando sucesivamente. En la última semana de agosto, el duque de Alba preparó un ejército para atravesar los Pirineos e invadir la Baja Navarra. La vanguardia estaba mandada por el coronel Cristóbal Villalba, con un contingente de 300 jinetes y 2900 infantes, además de diversas piezas de artillería y medio millar de más de hombres para manejarla. Se presentaron por sorpresa, por la noche, en Roncesvalles tomando la Colegiata y quemando el pueblo de Burguete. Instalaron el campamento allí el 2 y 3 de septiembre. Fueron tomado Aézcoa, Salazar y Roncal en los primeros días de septiembre. Simultáneamente, tropas aragonesas al mando de Carlos de Pomar habían tomado el castillo de Burgul. Tras pasar los Pirineos fueron conquistando varios castillos, con pequeñas escaramuzas con las tropas de Juan III. El 10 de septiembre se realizó la ocupación de San Juan de Pie de Puerto, capital de la Baja Navarra, y sus alrededores. Una vez sometida, se inició un intenso saqueo e incendio de los pueblos, como Ainhiz, Garris, Urth-Maix y otros. Los propios cronistas castellanos describen la intensa violencia empleada por las tropas castellanas.[116] Orthez, donde se replegaron los reyes de Navarra. Los reyes de Navarra se establecieron en Orthez, manteniendo su cuartel adelantado en Sauveterre. Fernando II envió una embajada encabezada por Antonio de Acuña, obispo de Zamora, para negociar la capitulación. En la propuesta se indicaba que se restituiría el reino a sus monarcas, pero que el heredero debía ser educado en la corte castellana. El embajador fue apresado acusado de espía, lo cual fue denunciado como violación del derecho de embajada. A mediados de septiembre, las tropas castellanas establecidas en Baja Navarra ascendían a 6.600 infantes, 1.600 jinetes y 1.200 soldados. Estas tropas fueron hostigadas por hombres de Luxa, noble beamontés de la zona. Este hostigamiento, añadido al impago de los salarios y a la falta de víveres, provocó que el 24 de septiembre se sublevaran un millar de soldados castellanos de los tercios viejos encabezados por el capitán Pedro de Alarcón, que se apoderó de la ciudad de San Juan de Pie de Puerto, y se retiraron a la zona de Aézcoa. Este hecho fue denunciado al papa Gregorio XIII, quien se indignó por la conducta de los castellanos, pero no pudo hacer nada. El 24 de septiembre, se le indicó, aguantó hasta el 9 de septiembre. Sólo cuando la expedición inglesa acantonada en Guipúzcoa se hizo a la mar, autorizó a sus tropas ayudar a las navarras.[118] El 30 de septiembre Juan III de Albrét publicó un manifiesto dirigido a los castellanos en el que les invitaba a no hacer la guerra a Navarra y a buscar una solución antes de recurrir a la acción militar. Se ofreció como aliado del príncipe Carlos de Gante reconociéndole como legítimo rey de Castilla, sin que todo ello surtiera efecto alguno. Mientras ordenaba que los gobernadores de las fortalezas navarras cuando se produjera la contraofensiva se sublevaran contra los ocupantes. Esta se inició a mediados de octubre, del 15 al 21. El ejército se organizó en tres columnas, una hacia Guipúzcoa, otra a la Baja Navarra y una tercera al valle del Roncal.[119] La primera columna navarro-gascona penetró en Guipúzcoa y sitió a San Sebastián y Fuenterriaba, tras la salida de los ingleses. Realizó escaramuzas, saqueo y devastó, ocupando Oyarzun, Rentería, Irún y Hernani, mientras que Tolosa y San Sebastián resistieron encastillados. Empezó la retirada en diciembre, tras el fracaso del asalto de Pamplona, incendiando algunas villas ocupadas.[120] La segunda columna, al mando del duque de Longueville e integrada por ocho mil gascones y beamones, mil quinientos lansquenets suizos y un millar de naturales, se dirigió hacia San Juan de Pie de Puerto, que estaba defendida por el duque de Alba y donde se produjo un sangriento enfrentamiento. Ante este avance, las tropas castellanas prendieron fuego a la localidad Añinece-Mongelos, y cuando aún estaba en llamas, el 19 de octubre, se produjo un enfrentamiento en el que sufrieron doscientas muertes y fueron capturados varios mandos castellanos, mientras que otra parte de la tropa con Rengifo y Mondragón se daba a la fuga. Al conocer la toma de Burgul, el 21 de octubre, y temiendo quedar cercados, las tropas castellanas con el duque se replegaron de la Baja Navarra al día siguiente, dejando pequeñas guarniciones en el campo de Arzauru y en Tudela (ochocientos infantes y cincuenta caballos) y una veintena de piezas de artillería en el castillo de Maya bastantes para retrasar el avance del castillo de Maya tomado por los navarros, que permitieron salir a los castellanos, aunque sin armas al bastión.[121] La tercera columna, al mando del rey Juan III de Albrét y del general La Palice, entró el 18 de octubre por Ochagavía. El medio millar de navarros beamonteses y soldados castellanos que defendían los pasos pirenaicos se retiraron a Lumbier; la columna se apoderó de los valles de Aézcoa y Salazar. En Burgul sitió el castillo durante dos días, con posterior asalto y rendición, en la que se produjo la muerte en combate del capitán Valdés. Hay discusión sobre la participación de roncaleses en la defensa del castillo, incluidos de la quema del pueblo por parte de los navarro-gascones, cuestionada por la existencia fehaciente de numerosos roncaleses en las filas de Juan III y la larga lista de condenados a muerte por su lealtad al rey navarro. [122] Hubo alzamientos en varias ciudades del interior como Estella, San Martín de Unx, Cábrega, Murillo el Fruto y Tafalla, entre otras, que fueron sofocados mientras los ejércitos que venían por el norte eran retenidos en las distintas batallas. Un contingente de roncaleses de casi unos cien hombres que se dirigió a la Ribera puso en fuga a tropas aragonesas muy superiores en número (en las fuentes oscila entre doscientos cincuenta y seiscientos) cerca de San Martín de Unx. Destaca la resistencia de Estella, que se alzó a principios de octubre, cuando Fernando II estaba entrando en Tudela, y que finalmente se entregó el 29 de octubre tras cesar la última resistencia en el castillo de Monjardín.[123] El 24 de octubre llegó el duque de Alba a Pamplona tras replegarse de la Baja Navarra, y continuó con la preparación defensiva de la ciudad. Se destruyeron todos los edificios y tapias, además de viñas y frutales, en los alrededores de la ciudad para evitar cobijos y aprovisionamientos de los atacantes. El flanco sur, que no estaba protegido por el río Arga, fue fortalecido derribando una treintena de edificios. Las fuerzas castellanas superaban a la población, pero sólo disponían de dos falconetes y una lombarda. Se ordenó la expulsión de doscientos pamploneses sospechosos de ser agragomentes fieles al rey navarro y se aseguraron, con requisiciones, los suministros para el resto de la población. En la zona de Arzauru se mantuvo un número de navarros, no muy numeroso, con destacados jefes beamonteses. En el interior de la ciudad se instaló un cadalso para quienes quisieran dar advertencia a sus habitantes. Las primeras tropas del ejército navarro-gascon llegaron ya a las cercanías de Pamplona el día 1 de noviembre, mientras que el grueso de los hombres llegó el 3 de noviembre y se situó en las laderas del monte Ezcaza y en Villava y Huarte. Los efectivos del ejército que sitió la ciudad eran más de veinte mil hombres –navarros (diez mil), gascones de los territorios de Albrét-Foix, albaneses y lansquenets alemanes–, ocho morteros y otras piezas de artillería. Los sitiadores se hostigaron las defensas del flanco sur para cortar la llegada de suministros a la ciudad, aunque sin lograr un cerco efectivo. Se produjeron diversos ataques y escaramuzas. El primer combate importante se produjo el 7 de noviembre. El desabastecimiento de víveres y la llegada del frío se hicieron sentir con mayor intensidad en las tropas sitiadoras, llegando esta a alimentarse de frutos secos y legumbres cocidas. Un rebaño de seiscientos vacas que se había enviado desde el Roncal a las tropas asediadas fue interceptado por las del arzobispo de Zaragoza acuarteladas en la zona de Sangüesa. En el interior, el coronel Cristóbal Villalba ordenó, bajo pena de muerte, que las calles se mantuviesen iluminadas y que se acudiese armado en cuanto se diese la señal de alarma. El hambre en el interior también se extendió y ochocientos dieciocho hombres, entre vecinos y criados, se alistaron para poder comer los dos ranchos al día que recibía la tropa. Las tropas navarras rindieron el castillo de Tiebas el 24 de noviembre, al sur de Pamplona. El 27 se realizó otro asalto a la ciudad que fue rechazado. Los rezueros castellanos de las tropas del duque de Nájera se acercaban a la capital; la noticia desmoralizó a los sitiadores que, tras un último ataque el 29 de noviembre, emprendieron la retirada hacia el Baztán. El día 30, cuando aún se replegaban los últimos hombres, las tropas de refuerzo castellanas –seis mil infantes– llegaron a la ciudad.[124] Las fuerzas que se replegaban desde Pamplona fueron perseguidas por los capitanes Pedro López Padilla y Charles de Góngora (jefe beamontés), así como otros destacados navarros beamonteses, las acometieron, matando y apresando a unos cuantos grupos de los que se escaparon muertos. En la zona de Arzauru se mantuvo un número de navarros, no muy numeroso, con destacados jefes beamonteses. En el interior de la ciudad se instaló un cadalso para quienes quisieran dar advertencia a sus habitantes. Las primeras tropas del ejército navarro-gascon llegaron ya a las cercanías de Pamplona el día 1 de noviembre, mientras que el grueso de los hombres llegó el 3 de noviembre y se situó en las laderas del monte Ezcaza y en Villava y Huarte. Los efectivos del ejército que sitió la ciudad eran más de veinte mil hombres –navarros (diez mil), gascones de los territorios de Albrét-Foix, albaneses y lansquenets alemanes–, ocho morteros y otras piezas de artillería. Los sitiadores se hostigaron las defensas del flanco sur para cortar la llegada de suministros a la ciudad, aunque sin lograr un cerco efectivo. Se produjeron diversos ataques y escaramuzas. El primer combate importante se produjo el 7 de noviembre. El desabastecimiento de víveres y la llegada del frío se hicieron sentir con mayor intensidad en las tropas sitiadoras, llegando esta a alimentarse de frutos secos y legumbres cocidas. Un rebaño de seiscientos vacas que se había enviado desde el Roncal a las tropas asediadas fue interceptado por las del arzobispo de Zaragoza acuarteladas en la zona de Sangüesa. En el interior, el coronel Cristóbal Villalba ordenó, bajo pena de muerte, que las calles se mantuviesen iluminadas y que se acudiese armado en cuanto se diese la señal de alarma. El hambre en el interior también se extendió y ochocientos dieciocho hombres, entre vecinos y criados, se alistaron para poder comer los dos ranchos al día que recibía la tropa. Las tropas navarras rindieron el castillo de Tiebas el 24 de noviembre, al sur de Pamplona. El 27 se realizó otro asalto a la ciudad que fue rechazado. Los rezueros castellanos de las tropas del duque de Nájera se acercaban a la capital; la noticia desmoralizó a los sitiadores que, tras un último ataque el 29 de noviembre, emprendieron la retirada hacia el Baztán. El día 30, cuando aún se replegaban los últimos hombres, las tropas de refuerzo castellanas –seis mil infantes– llegaron a la ciudad.[124] Las fuerzas que se replegaban desde Pamplona fueron perseguidas por los capitanes Pedro López Padilla y Charles de Góngora (jefe beamontés), así como otros destacados navarros beamonteses, las acometieron, matando y apresando a unos cuantos grupos de los que se escaparon muertos. En la zona de Arzauru se mantuvo un número de navarros, no muy numeroso, con destacados jefes beamonteses. En el interior de la ciudad se instaló un cadalso para quienes quisieran dar advertencia a sus habitantes. Las primeras tropas del ejército navarro-gascon llegaron ya a las cercanías de Pamplona el día 1 de noviembre, mientras que el grueso de los hombres llegó el 3 de noviembre y se situó en las laderas del monte Ezcaza y en Villava y Huarte. Los efectivos del ejército que sitió la ciudad eran más de veinte mil hombres –navarros (diez mil), gascones de los territorios de Albrét-Foix, albaneses y lansquenets alemanes–, ocho morteros y otras piezas de artillería. Los sitiadores se hostigaron las defensas del flanco sur para cortar la llegada de suministros a la ciudad, aunque sin lograr un cerco efectivo. Se produjeron diversos ataques y escaramuzas. El primer combate importante se produjo el 7 de noviembre. El desabastecimiento de víveres y la llegada del frío se hicieron sentir con mayor intensidad en las tropas sitiadoras, llegando esta a alimentarse de frutos secos y legumbres cocidas. Un rebaño de seiscientos vacas que se había enviado desde el Roncal a las tropas asediadas fue interceptado por las del arzobispo de Zaragoza acuarteladas en la zona de Sangüesa. En el interior, el coronel Cristóbal Villalba ordenó, bajo pena de muerte, que las calles se mantuviesen iluminadas y que se acudiese armado en cuanto se diese la señal de alarma. El hambre en el interior también se extendió y ochocientos dieciocho hombres, entre vecinos y criados, se alistaron para poder comer los dos ranchos al día que recibía la tropa. Las tropas navarras rindieron el castillo de Tiebas el 24 de noviembre, al sur de Pamplona. El 27 se realizó otro asalto a la ciudad que fue rechazado. Los rezueros castellanos de las tropas del duque de Nájera se acercaban a la capital; la noticia desmoralizó a los sitiadores que, tras un último ataque el 29 de noviembre, emprendieron la retirada hacia el Baztán. El día 30, cuando aún se replegaban los últimos hombres, las tropas de refuerzo castellanas –seis mil infantes– llegaron a la ciudad.[124] Las fuerzas que se replegaban desde Pamplona fueron perseguidas por los capitanes Pedro López Padilla y Charles de Góngora (jefe beamontés), así como otros destacados navarros beamonteses, las acometieron, matando y apresando a unos cuantos grupos de los que se escaparon muertos. En la zona de Arzauru se mantuvo un número de navarros, no muy numeroso, con destacados jefes beamonteses. En el interior de la ciudad se instaló un cadalso para quienes quisieran dar advertencia a sus habitantes. Las primeras tropas del ejército navarro-gascon llegaron ya a las cercanías de Pamplona el día 1 de noviembre, mientras que el grueso de los hombres llegó el 3 de noviembre y se situó en las laderas del monte Ezcaza y en Villava y Huarte. Los efectivos del ejército que sitió la ciudad eran más de veinte mil hombres –navarros (diez mil), gascones de los territorios de Albrét-Foix, albaneses y lansquenets alemanes–, ocho morteros y otras piezas de artillería. Los sitiadores se hostigaron las defensas del flanco sur para cortar la llegada de suministros a la ciudad, aunque sin lograr un cerco efectivo. Se produjeron diversos ataques y escaramuzas. El primer combate importante se produjo el 7 de noviembre. El desabastecimiento de víveres y la llegada del frío se hicieron sentir con mayor intensidad en las tropas sitiadoras, llegando esta a alimentarse de frutos secos y legumbres cocidas. Un rebaño de seiscientos vacas que se había enviado desde el Roncal a las tropas asediadas fue interceptado por las del arzobispo de Zaragoza acuarteladas en la zona de Sangüesa. En el interior, el coronel Cristóbal Villalba ordenó, bajo pena de muerte, que las calles se mantuviesen iluminadas y que se acudiese armado en cuanto se diese la señal de alarma. El hambre en el interior también se extendió y ochocientos dieciocho hombres, entre vecinos y criados, se alistaron para poder comer los dos ranchos al día que recibía la tropa. Las tropas navarras rindieron el castillo de Tiebas el 24 de noviembre, al sur de Pamplona. El 27 se realizó otro asalto a la ciudad que fue rechazado. Los rezueros castellanos de las tropas del duque de Nájera se acercaban a la capital; la noticia desmoralizó a los sitiadores que, tras un último ataque el 29 de noviembre, emprendieron la retirada hacia el Baztán. El día 30, cuando aún se replegaban los últimos hombres, las tropas de refuerzo castellanas –seis mil infantes– llegaron a la ciudad.[124] Las fuerzas que se replegaban desde Pamplona fueron perseguidas por los capitanes Pedro López Padilla y Charles de Góngora (jefe beamontés), así como otros destacados navarros beamonteses, las acometieron, matando y apresando a unos cuantos grupos de los que se escaparon muertos. En la zona de Arzauru se mantuvo un número de navarros, no muy numeroso, con destacados jefes beamonteses. En el interior de la ciudad se instaló un cadalso para quienes quisieran dar advertencia a sus habitantes. Las primeras tropas del ejército navarro-gascon llegaron ya a las cercanías de Pamplona el día 1 de noviembre, mientras que el grueso de los hombres llegó el 3 de noviembre y se situó en las laderas del monte Ezcaza y en Villava y Huarte. Los efectivos del ejército que sitió la ciudad eran más de veinte mil hombres –navarros (diez mil), gascones de los territorios de Albrét-Foix, albaneses y lansquenets alemanes–, ocho morteros y otras piezas de artillería. Los sitiadores se hostigaron las defensas del flanco sur para cortar la llegada de suministros a la ciudad, aunque sin lograr un cerco efectivo. Se produjeron diversos ataques y escaramuzas. El primer combate importante se produjo el 7 de noviembre. El desabastecimiento de víveres y la llegada del frío se hicieron sentir con mayor intensidad en las tropas sitiadoras, llegando esta a alimentarse de frutos secos y legumbres cocidas. Un rebaño de seiscientos vacas que se había enviado desde el Roncal a las tropas asediadas fue interceptado por las del arzobispo de Zaragoza acuarteladas en la zona de Sangüesa. En el interior, el coronel Cristóbal Villalba ordenó, bajo pena de muerte, que las calles se mantuviesen iluminadas y que se acudiese armado en cuanto se diese la señal de alarma. El hambre en el interior también se extendió y ochocientos dieciocho hombres, entre vecinos y criados, se alistaron para poder comer los dos ranchos al día que recibía la tropa. Las tropas navarras rindieron el castillo de Tiebas el 24 de noviembre, al sur de Pamplona. El 27 se realizó otro asalto a la ciudad que fue rechazado. Los rezueros castellanos de las tropas del duque de Nájera se acercaban a la capital; la noticia desmoralizó a los sitiadores que, tras un último ataque el 29 de noviembre, emprendieron la retirada hacia el Baztán. El día 30, cuando aún se replegaban los últimos hombres, las tropas de refuerzo castellanas –seis mil infantes– llegaron a la ciudad.[124] Las fuerzas que se replegaban desde Pamplona fueron perseguidas por los capitanes Pedro López Padilla y Charles de Góngora (jefe beamontés), así como otros destacados navarros beamonteses, las acometieron, matando y apresando a unos cuantos grupos de los que se escaparon muertos. En la zona de Arzauru se mantuvo un número de navarros, no muy numeroso, con destacados jefes beamonteses. En el interior de la ciudad se instaló un cadalso para quienes quisieran dar advertencia a sus habitantes. Las primeras tropas del ejército navarro-gascon llegaron ya a las cercanías de Pamplona el día 1 de noviembre, mientras que el grueso de los hombres llegó el 3 de noviembre y se situó en las laderas del monte Ezcaza y en Villava y Huarte. Los efectivos del ejército que sitió la ciudad eran más de veinte mil hombres –navarros (diez mil), gascones de los territorios de Albrét-Foix, albaneses y lansquenets alemanes–, ocho morteros y otras piezas de artillería. Los sitiadores se hostigaron las defensas del flanco sur para cortar la llegada de suministros a la ciudad, aunque sin lograr un cerco efectivo. Se produjeron diversos ataques y escaramuzas. El primer combate importante se produjo el 7 de noviembre. El desabastecimiento de víveres y la llegada del frío se hicieron sentir con mayor intensidad en las tropas sitiadoras, llegando esta a alimentarse de frutos secos y legumbres cocidas. Un rebaño de seiscientos vacas que se había enviado desde el Roncal a las tropas asediadas fue interceptado por las del arzobispo de Zaragoza acuarteladas en la zona de Sangüesa. En el interior, el coronel Cristóbal Villalba ordenó, bajo pena de muerte, que las calles se mantuviesen iluminadas y que se acudiese armado en cuanto se diese la señal de alarma. El hambre en el interior también se extendió y ochocientos dieciocho hombres, entre vecinos y criados, se alistaron para poder comer los dos ranchos al día que recibía la tropa. Las tropas navarras rindieron el castillo de Tiebas el 24 de noviembre, al sur de Pamplona. El 27 se realizó otro asalto a la ciudad que fue rechazado. Los rezueros castellanos de las tropas del duque de Nájera se acercaban a la capital; la noticia desmoralizó a los sitiadores que, tras un último ataque el 29 de noviembre, emprendieron la retirada hacia el Baztán. El día 30, cuando aún se replegaban los últimos hombres, las tropas de refuerzo castellanas –seis mil infantes– llegaron a la ciudad.[124] Las fuerzas que se replegaban desde Pamplona fueron perseguidas por los capitanes Pedro López Padilla y Charles de Góngora (jefe beamontés), así como otros destacados navarros beamonteses, las acometieron, matando y apresando a unos cuantos grupos de los que se escaparon muertos. En la zona de Arzauru se mantuvo un número de navarros, no muy numeroso, con destacados jefes beamonteses. En el interior de la ciudad se instaló un cadalso para quienes quisieran dar advertencia a sus habitantes. Las primeras tropas del ejército navarro-gascon llegaron ya a las cercanías de Pamplona el día 1 de noviembre, mientras que el grueso de los hombres llegó el 3 de noviembre y se situó en las laderas del monte Ezcaza y en Villava y Huarte. Los efectivos del ejército que sitió la ciudad eran más de veinte mil hombres –navarros (diez mil), gascones de los territorios de Albrét-Foix, albaneses y lansquenets alemanes–, ocho morteros y otras piezas de artillería. Los sitiadores se hostigaron las defensas del flanco sur para cortar la llegada de suministros a la ciudad, aunque sin lograr un cerco efectivo. Se produjeron diversos ataques y escaramuzas. El primer combate importante se produjo el 7 de noviembre. El desabastecimiento de víveres y la llegada del frío se hicieron sentir con mayor intensidad en las tropas sitiadoras, llegando esta a alimentarse de frutos secos y legumbres cocidas. Un rebaño de seiscientos vacas que se había enviado desde el Roncal a las tropas asediadas fue interceptado por las del arzobispo de Zaragoza acuarteladas en la zona de Sangüesa. En el interior, el coronel Cristóbal Villalba ordenó, bajo pena de muerte, que las calles se mantuviesen iluminadas y que se acudiese armado en cuanto se diese la señal de alarma. El hambre en el interior también se extendió y ochocientos dieciocho hombres, entre vecinos y criados, se alistaron para poder comer los dos ranchos al día que recibía la tropa. Las tropas navarras rindieron el castillo de Tiebas el 24 de noviembre, al sur de Pamplona. El 27 se realizó otro asalto a la ciudad que fue rechazado. Los rezueros castellanos de las tropas del duque de Nájera se acercaban a la capital; la noticia desmoralizó a los sitiadores que, tras un último ataque el 29 de noviembre, emprendieron la retirada hacia el Baztán. El día 30, cuando aún se replegaban los últimos hombres, las tropas de refuerzo castellanas –seis mil infantes– llegaron a la ciudad.[124] Las fuerzas que se replegaban desde Pamplona fueron perseguidas por los capitanes Pedro López Padilla y Charles de Góngora (jefe beamontés), así como otros destacados navarros beamonteses, las acometieron, matando y apresando a unos cuantos grupos de los que se escaparon muertos. En la zona de Arzauru se mantuvo un número de navarros, no muy numeroso, con destacados jefes beamonteses. En el interior de la ciudad se instaló un cadalso para quienes quisieran dar advertencia a sus habitantes. Las primeras tropas del ejército navarro-gascon llegaron ya a las cercanías de Pamplona el día 1 de noviembre, mientras que el grueso de los hombres llegó el 3 de noviembre y se situó en las laderas del monte Ezcaza y en Villava y Huarte. Los efectivos del ejército que sitió la ciudad eran más de veinte mil hombres –navarros (diez mil), gascones de los territorios de Albrét-Foix, albaneses y lansquenets alemanes–, ocho morteros y otras piezas de artillería. Los sitiadores se hostigaron las defensas del flanco sur para cortar la llegada de suministros a la ciudad, aunque sin lograr un cerco efectivo. Se produjeron diversos ataques y escaramuzas. El primer combate importante se produjo el 7 de noviembre. El desabastecimiento de víveres y la llegada del frío se hicieron sentir con mayor intensidad en las tropas sitiadoras, llegando esta a alimentarse de frutos secos y legumbres cocidas. Un rebaño de seiscientos vacas que se había enviado desde el Roncal a las tropas asediadas fue interceptado por las del arzobispo de Zaragoza acuarteladas en la zona de Sangüesa. En el interior, el coronel Cristóbal Villalba ordenó, bajo pena de muerte, que las calles se mantuviesen iluminadas y que se acudiese armado en cuanto se diese la señal de alarma. El hambre en el interior también se extendió y ochocientos dieciocho hombres, entre vecinos y criados, se alistaron para poder comer los dos ranchos al día que recibía la tropa. Las tropas navarras rindieron el castillo de Tiebas el 24 de noviembre, al sur de Pamplona. El 27 se realizó otro asalto a la ciudad que fue rechazado. Los rezueros castellanos de las tropas del duque de Nájera se acercaban a la capital; la noticia desmoralizó a los sitiadores que, tras un último ataque el 29 de noviembre, emprendieron la retirada hacia el Baztán. El día 30, cuando aún se replegaban los últimos hombres, las tropas de refuerzo castellanas –seis mil infantes– llegaron a la ciudad.[124] Las fuerzas que se replegaban desde Pamplona fueron perseguidas por los capitanes Pedro López Padilla y Charles de Góngora (jefe beamontés), así como otros destacados navarros beamonteses, las acometieron, matando y apresando a unos cuantos grupos de los que se escaparon muertos. En la zona de Arzauru se mantuvo un número de navarros, no muy numeroso, con destacados jefes beamonteses. En el interior de la ciudad se instaló un cadalso para quienes quisieran dar advertencia a sus habitantes. Las primeras tropas del ejército navarro-gascon llegaron ya a las cercanías de Pamplona el día 1 de noviembre, mientras que el grueso de los hombres llegó el 3 de noviembre y se situó en las laderas del monte Ezcaza y en Villava y Huarte. Los efectivos del ejército que sitió la ciudad eran más de veinte mil hombres –navarros (diez mil), gascones de los territorios de Albrét-Foix, albaneses y lansquenets alemanes–, ocho morteros y otras piezas de artillería. Los sitiadores se hostigaron las defensas del flanco sur para cortar la llegada de suministros a la ciudad, aunque sin lograr un cerco efectivo. Se produjeron diversos ataques y escaramuzas. El primer combate importante se produjo el 7 de noviembre. El desabastecimiento de víveres y la llegada del frío se hicieron sentir con mayor intensidad en las tropas sitiadoras, llegando esta a alimentarse de frutos secos y legumbres cocidas. Un rebaño de seiscientos vacas que se había enviado desde el Roncal a las tropas asediadas fue interceptado por las del arzobispo de Zaragoza acuarteladas en la zona de Sangüesa. En el interior, el coronel Cristóbal Villalba ordenó, bajo pena de muerte, que las calles se mantuviesen iluminadas y que se acudiese armado en cuanto se diese la señal de alarma. El hambre en el interior también se extendió y ochocientos dieciocho hombres, entre vecinos y criados, se alistaron para poder comer los dos ranchos al día que recibía la tropa. Las tropas navarras rindieron el castillo de Tiebas el 24 de noviembre, al sur de Pamplona. El 27 se realizó otro asalto a la ciudad que fue rechazado. Los rezueros castellanos de las tropas del duque de Nájera se acercaban a la capital; la noticia desmoralizó a los sitiadores que, tras un último ataque el 29 de noviembre, emprendieron la retirada hacia el Baztán. El día 30, cuando aún se replegaban los últimos hombres, las tropas de refuerzo castellanas –seis mil infantes– llegaron a la ciudad.[124] Las fuerzas que se replegaban desde Pamplona fueron perseguidas por los capitanes Pedro López Padilla y Charles de Góngora (jefe beamontés), así como otros destacados navarros beamonteses, las acometieron, matando y apresando a unos cuantos grupos de los que se escaparon muertos. En la zona de Arzauru se mantuvo un número de navarros, no muy numeroso, con destacados jefes beamonteses. En el interior de la ciudad se instaló un cadalso para quienes quisieran dar advertencia a sus habitantes. Las primeras tropas del ejército navarro-gascon llegaron ya a las cercanías de Pamplona el día 1 de noviembre, mientras que el grueso de los hombres llegó el 3 de noviembre y se situó en las laderas del monte Ezcaza y en Villava y Huarte. Los efectivos del ejército que sitió la ciudad eran más de veinte mil hombres –navarros (diez mil), gascones de los territorios de Albrét-Foix, albaneses y lansquenets alemanes–, ocho morteros y otras piezas de artillería. Los sitiadores se hostigaron las defensas del flanco sur para cortar la llegada de suministros a la ciudad, aunque sin lograr un cerco efectivo. Se produjeron diversos ataques y escaramuzas. El primer combate importante se produjo el 7 de noviembre. El desabastecimiento de víveres y la llegada del frío se hicieron sentir con mayor intensidad en las tropas sitiadoras, llegando esta a alimentarse de frutos secos y legumbres cocidas. Un rebaño de seiscientos vacas que se había enviado desde el Roncal a las tropas asediadas fue interceptado por las del arzobispo de Zaragoza acuarteladas en la zona de Sangüesa. En el interior, el coronel Cristóbal Villalba ordenó, bajo pena de muerte, que las calles se mantuviesen iluminadas y que se acudiese armado en cuanto se diese la señal de alarma. El hambre en el interior también se extendió y ochocientos dieciocho hombres, entre vecinos y criados, se alistaron para poder comer los dos ranchos al día que recibía la tropa. Las tropas navarras rindieron el castillo de Tiebas el 24 de noviembre, al sur de Pamplona. El 27 se realizó otro asalto a la ciudad que fue rechazado. Los rezueros castellanos de las tropas del duque de Nájera se acercaban a la capital; la noticia desmoralizó a los sitiadores que, tras un último ataque el 29 de noviembre, emprendieron la retirada hacia el Baztán. El día 30, cuando aún se replegaban los últimos hombres, las tropas de refuerzo castellanas –seis mil infantes– llegaron a la ciudad.[124] Las fuerzas que se replegaban desde Pamplona fueron perseguidas por los capitanes Pedro López Padilla y Charles de Góngora (jefe beamontés), así como otros destacados navarros beamonteses, las acometieron, matando y apresando a unos cuantos grupos de los que se escaparon muertos. En la zona de Arzauru se mantuvo un número de navarros, no muy numeroso, con destacados jefes beamonteses. En el interior de la ciudad se instaló un cadalso para quienes quisieran dar advertencia a sus habitantes. Las primeras tropas del ejército navarro-gascon llegaron ya a las cercanías de Pamplona el día 1 de noviembre, mientras que el grueso de los hombres llegó el 3 de noviembre y se situó en las laderas del monte Ezcaza y en Villava y Huarte. Los efectivos del ejército que sitió la ciudad eran más de veinte mil hombres –navarros (diez mil), gascones de los territorios de Albrét-Foix, albaneses y lansquenets alemanes–, ocho morteros y otras piezas de artillería. Los sitiadores se hostigaron las defensas del flanco sur para cortar la llegada de suministros a la ciudad, aunque sin lograr un cerco efectivo. Se produjeron diversos ataques y escaramuzas. El primer combate importante se produjo el 7 de noviembre. El desabastecimiento de víveres y la llegada del frío se hicieron sentir con mayor intensidad en las tropas sitiadoras, llegando esta a alimentarse de frutos secos y legumbres cocidas. Un rebaño de seiscientos vacas que se había enviado desde el Roncal a las tropas asediadas fue interceptado por las del arzobispo de Zaragoza acuarteladas en la zona de Sangüesa. En el interior, el coronel Cristóbal Villalba ordenó, bajo pena de muerte, que las calles se mantuviesen iluminadas y que se acudiese armado en cuanto se diese la señal de alarma. El hambre en el interior también se extendió y ochocientos dieciocho hombres, entre vecinos y criados, se alistaron para poder comer los dos ranchos al día que recibía la tropa. Las tropas navarras rindieron el castillo de Tiebas el 24 de noviembre, al sur de Pamplona. El 27 se realizó otro asalto a la ciudad que fue rechazado. Los rezueros castellanos de las tropas del duque de Nájera se acercaban a la capital; la noticia desmoralizó a los sitiadores que, tras un último ataque el 29 de noviembre, emprendieron la retirada hacia el Baztán. El día 30, cuando aún se replegaban los últimos hombres, las tropas de refuerzo castellanas –seis mil infantes– llegaron a la ciudad.[124] Las fuerzas que se replegaban desde Pamplona fueron perseguidas por los capitanes Pedro López Padilla y Charles de Góngora (jefe beamontés), así como otros destacados navarros beamonteses, las acometieron, matando y apresando a unos cuantos grupos de los que se escaparon muertos. En la zona de Arzauru se mantuvo un número de navarros, no muy numeroso, con destacados jefes beamonteses. En el interior de la ciudad se instaló un cadalso para quienes quisieran dar advertencia a sus habitantes. Las primeras tropas del ejército navarro-gascon llegaron ya a las cercanías de Pamplona el día 1 de noviembre, mientras que el grueso de los hombres llegó el 3 de noviembre y se situó en las laderas del monte Ezcaza y en Villava y Huarte. Los efectivos del ejército que sitió la ciudad eran más de veinte mil hombres –navarros (diez mil), gascones de los territorios de Albrét-Foix, albaneses y lansquenets alemanes–, ocho morteros y otras piezas de artillería. Los sitiadores se hostigaron las defensas del flanco sur para cortar la llegada de suministros a la ciudad, aunque sin lograr un cerco efectivo. Se produjeron diversos ataques y escaramuzas. El primer combate importante se produjo el 7 de noviembre. El desabastecimiento de víveres y la llegada del frío se hicieron sentir con mayor intensidad en las tropas sitiadoras, llegando esta a alimentarse de frutos secos y legumbres cocidas. Un rebaño de seiscientos vacas que se había enviado desde el Roncal a las tropas asediadas fue interceptado por las del arzobispo de Zaragoza acuarteladas en la zona de Sangüesa. En el interior, el coronel Cristóbal Villalba ordenó, bajo pena de muerte, que las calles se mantuviesen iluminadas y que se acudiese armado en cuanto se diese la señal de alarma. El hambre en el interior también se extendió y ochocientos dieciocho hombres, entre vecinos y criados, se alistaron para poder comer los dos ranchos al día que recibía la tropa. Las tropas navarras rindieron el castillo de Tiebas el 24 de noviembre, al sur de Pamplona. El 27 se realizó otro asalto a la ciudad que fue rechazado. Los rezueros castellanos de las tropas del duque de Nájera se acercaban a la capital; la noticia desmoralizó a los sitiadores que, tras un último ataque el 29 de noviembre, emprendieron la retirada hacia el Baztán. El día 30, cuando aún se replegaban los últimos hombres, las tropas de refuerzo castellanas –seis mil infantes– llegaron a la ciudad.[124] Las fuerzas que se replegaban desde Pamplona fueron perseguidas por los capitanes Pedro López Padilla y Charles de Góngora (jefe beamontés), así como otros destacados navarros beamonteses, las acometieron, matando y apresando a unos cuantos grupos de los que se escaparon muertos. En la zona de Arzauru se mantuvo un número de navarros, no muy numeroso, con destacados jefes beamonteses. En el interior de la ciudad se instaló un cadalso para quienes quisieran dar advertencia a sus habitantes. Las primeras tropas del ejército navarro-gascon llegaron ya a las cercanías de Pamplona el día 1 de noviembre, mientras que el grueso de los hombres llegó el 3 de noviembre y se situó en las laderas del monte Ezcaza y en Villava y Huarte. Los efectivos del ejército que sitió la ciudad eran más de veinte mil hombres –navarros (diez mil), gascones de los territorios de Albrét-Foix, albaneses y lansquenets alemanes–, ocho morteros y otras piezas de artillería. Los sitiadores se hostigaron las defensas del flanco sur para cortar la llegada de suministros a la ciudad, aunque sin lograr un cerco efectivo. Se produjeron diversos ataques y escaramuzas. El primer combate importante se produjo el 7 de noviembre. El desabastecimiento de víveres y la llegada del frío se hicieron sentir con mayor intensidad en las tropas sitiadoras, llegando esta a alimentarse de frutos secos y legumbres cocidas. Un rebaño de seiscientos vacas que se había enviado desde el Roncal a las tropas asediadas fue interceptado por las del arzobispo de Zaragoza acuarteladas en la zona de Sangüesa. En el interior, el coronel Cristóbal Villalba ordenó, bajo pena de muerte, que las calles se mantuviesen iluminadas y que se acudiese armado en cuanto se diese la señal de alarma. El hambre en el interior también se extendió y ochocientos dieciocho hombres, entre vecinos y criados, se alistaron para poder comer los dos ranchos al día que recibía la tropa. Las tropas navarras rindieron el castillo de Tiebas el 24 de noviembre, al sur de Pamplona. El 27 se realizó otro asalto a la ciudad que fue rechazado. Los rezueros castellanos de las tropas del duque de Nájera se acercaban a la capital; la noticia desmoralizó a los sitiadores que, tras un último ataque el 29 de noviembre, emprendieron la retirada hacia el Baztán. El día 30, cuando aún se replegaban los últimos hombres, las tropas de refuerzo castellanas –seis mil infantes– llegaron a la ciudad.[124] Las fuerzas que se replegaban desde Pamplona fueron perseguidas por los capitanes Pedro López Padilla y Charles de Góngora (jefe beamontés), así como otros destacados navarros beamonteses, las acometieron, matando y apresando a unos cuantos grupos de los que se escaparon muertos. En la zona de Arzauru se mantuvo un número de navarros, no muy numeroso, con destacados jefes beamonteses. En el interior de la ciudad se instaló un cadalso para quienes quisieran dar advertencia a sus habitantes. Las primeras tropas del ejército navarro-gascon llegaron ya a las cercanías de Pamplona el día 1 de noviembre, mientras que el grueso de los hombres llegó el 3 de noviembre y se situó en las laderas del monte Ezcaza y en Villava y Huarte. Los efectivos del ejército que sitió la ciudad eran más de veinte mil hombres –navarros (diez mil), gascones de los territorios de Albrét-Foix, albaneses y lansquenets alemanes–, ocho morteros y otras piezas de artillería. Los sitiadores se hostigaron las defensas del flanco sur para cortar la llegada de suministros a la ciudad, aunque sin lograr un cerco efectivo. Se produjeron diversos ataques y escaramuzas. El primer combate importante se produjo el 7 de noviembre. El desabastecimiento de víveres y la llegada del frío se hicieron sentir con mayor intensidad en las tropas sitiadoras, llegando esta a alimentarse de frutos secos y legumbres cocidas. Un rebaño de seiscientos vacas que se había enviado desde el Roncal a las tropas asediadas fue interceptado por las del arzobispo de Zaragoza acuarteladas en la zona de Sangüesa. En el interior, el coronel Cristóbal Villalba ordenó, bajo pena de muerte, que las calles se mantuviesen iluminadas y que se acudiese armado en cuanto se diese la señal de alarma. El hambre en el interior también se extendió y ochocientos dieciocho hombres, entre vecinos y criados, se alistaron para poder comer los dos ranchos al día que recibía la tropa. Las tropas navarras rindieron el castillo de Tiebas el 24 de noviembre, al sur de Pamplona. El 27 se realizó otro asalto a la ciudad que fue rechazado. Los rezueros castellanos de las tropas del duque de Nájera se acercaban a la capital; la noticia desmoralizó a los sitiadores que, tras un último ataque el 29 de noviembre, emprendieron la retirada hacia el Baztán. El día 30, cuando aún se replegaban los últimos hombres, las tropas de refuerzo castellanas –seis mil infantes– llegaron a la ciudad.[124] Las fuerzas que se replegaban desde Pamplona fueron perseguidas por los capitanes Pedro López Padilla y Charles de Góngora (jefe beamontés), así como otros destacados navarros beamonteses, las acometieron, matando y apresando a unos cuantos grupos de los que se escaparon muertos. En la zona de Arzauru se mantuvo un número de navarros, no muy numeroso, con destacados jefes beamonteses. En el interior de la ciudad se instaló un cadalso para quienes quisieran dar advertencia a sus habitantes. Las primeras tropas del ejército navarro-gascon llegaron ya a las cercanías de Pamplona el día 1 de noviembre, mientras que el grueso de los hombres llegó el 3 de noviembre y se situó en las laderas del monte Ezcaza y en Villava y Huarte. Los efectivos del ejército que sitió la ciudad eran más de veinte mil hombres –navarros (diez mil), gascones de los territorios de Albrét-Foix, albaneses y lansquenets alemanes–, ocho morteros y otras piezas de artillería. Los sitiadores se hostigaron las defensas del flanco sur para cortar la llegada de suministros a la ciudad, aunque sin lograr un cerco efectivo. Se produjeron diversos ataques y escaramuzas. El primer combate importante se produjo el 7 de noviembre. El desabastecimiento de víveres y la llegada del frío se hicieron sentir con mayor intensidad en las tropas sitiadoras, llegando esta a alimentarse de frutos secos y legumbres cocidas. Un rebaño de seiscientos vacas que se había enviado desde el Roncal a las tropas asediadas fue interceptado por las del arzobispo de Zaragoza acuarteladas en la zona de Sangüesa. En el interior, el coronel Cristóbal Villalba ordenó, bajo pena de muerte, que las calles se mantuviesen iluminadas y que se acudiese armado en cuanto se diese la señal de alarma. El hambre en el interior también se extendió y ochocientos dieciocho hombres, entre vecinos y criados, se alistaron para poder comer los dos ranchos al día que recibía la tropa. Las tropas navarras rindieron el castillo de Tiebas el 24 de noviembre, al sur de Pamplona. El 27 se realizó otro asalto a la ciudad que fue rechazado. Los rezueros castellanos de las tropas del duque de Nájera se acercaban a la capital; la noticia desmoralizó a los sitiadores que, tras un último ataque el 29 de noviembre, emprendieron la retirada hacia el Baztán. El día 30, cuando aún se replegaban los últimos hombres, las tropas de refuerzo castellanas –seis mil infantes– llegaron a la ciudad.[124] Las fuerzas que se replegaban desde Pamplona fueron perseguidas por los capitanes Pedro López Padilla y Charles de Góngora (jefe beamontés), así como otros destacados navarros beamonteses, las acometieron, matando y apresando a unos cuantos grupos de los que se escaparon muertos. En la zona de Arzauru se mantuvo un número de navarros, no muy numeroso, con destacados jefes beamonteses. En el interior de la ciudad se instaló un cadalso para quienes quisieran dar advertencia a sus habitantes. Las primeras tropas del ejército navarro-gascon llegaron ya a las cercanías de Pamplona el día 1 de noviembre, mientras que el grueso de los hombres llegó el 3 de noviembre y se situó en las laderas del monte Ezcaza y en Villava y Huarte. Los efectivos del ejército que sitió la ciudad eran más de veinte mil hombres –navarros (diez mil), gascones de los territorios de Albrét-Foix, albaneses y lansquenets alemanes–, ocho morteros y otras piezas de artillería. Los sitiadores se hostigaron las defensas del flanco sur para cortar la llegada de suministros a la ciudad, aunque sin lograr un cerco efectivo. Se produjeron diversos ataques y escaramuzas. El primer combate importante se produjo el 7 de noviembre. El desabastecimiento de víveres y la llegada del frío se hicieron sentir con mayor intensidad en las tropas sitiadoras, llegando esta a alimentarse de frutos secos y legumbres cocidas. Un rebaño de seiscientos vacas que se había enviado desde el Roncal a las tropas asediadas fue interceptado por las del arzobispo de Zaragoza acuarteladas en la zona de Sangüesa. En el interior, el coronel Cristóbal Villalba ordenó, bajo pena de muerte, que las calles se mantuviesen iluminadas y que se acudiese armado en cuanto se diese la señal de alarma. El hambre en el interior también se extendió y ochocientos dieciocho hombres, entre vecinos y criados, se alistaron para poder comer los dos ranchos al día que recibía la tropa. Las tropas navarras rindieron el castillo de Tiebas el 24 de noviembre, al sur de Pamplona. El 27 se realizó otro asalto a la ciudad que fue rechazado. Los rezu

